

gesto que una cortante indiferencia hacia todo aquello que signifique mera posibilidad frustrada.

No pasan inadvertidos para él, los valores humanos, y respeta y ama al "Príncipe", al "condottiero" Bocarrosa, y termina admirando a maese Bernardo, el sabio portador de un mundo, al que ha permanecido extraño, pero que intuye alucinante y misterioso, sintiéndose él, enano, de la misma jerarquía de esos arquetipos entre los que se va tejiendo la dura malla de una vida que se realiza inexorable. Pero en ningún momento llega a olvidarse de sí mismo y con orgullo declara: *En mi no existe ningún otro.*

Esta obra plantea el problema de la realización del individuo, conforme a valores superiores o a valores inferiores, y al mismo tiempo, desenvuelve con maestría, una visión clara de las vicisitudes del hombre que se está haciendo.

Pär Lagerkvist, ha logrado en la estructuración general, darnos la idea de un movimiento constante, agobiador y fuerte al mismo tiempo, de ascenso y descenso, una proyección voluntariosa hacia adelante y luego un retorno al punto de partida, que nos recuerda el concepto nietzscheano del eterno retorno. Es un movimiento que se arrastra trabajosamente, construyendo y cuya solución necesaria, es volver al origen de las fuerzas que en un principio lo determinaron, para comenzar una vez más el ciclo, sin dar la posibilidad de vislumbrar la consecuencia definitiva.

Esta idea se desarrolla paralelamente, y dando el tono general a la acción particular de los diversos personajes; culmina en la escena de la peste, episodio que obliga a definir actitudes y que da a todos los angustiados habitantes de la ciudad la clara conciencia de estar, sin alternativa posible, condenados a muerte. El inapelable *ser para una muerte segura.*

FRANCISCO ODDONE

## BORGES, DESCARTES Y EL OBISPO WILKINS

Como lo revela *Tlön, Ugbar, Debis Tertins*, Borges ha observado que la creación de mundos es, en primer lugar, de orden filológico y, por lo tanto, principalmente lingüística. No tiene nada de extraño en consecuencia, que le preocupe la aplicación de los principios cartesianos a la formación de un lenguaje analítico; tampoco que asocie el nombre de Descartes con *An Essay towards a Real Character and a Philosophical Language* del obispo Wilkins. Aquí, sin embargo, es necesario establecer si fué la influencia directa de Descartes la que actuó sobre el obispo Wilkins, como supone Borges, o no. Es muy probable que la respuesta sea negativa. El libro de Wilkins es de 1668, anteriormente, un escocés, George Dalgarno de Aberdeen, autor de un lenguaje para sordomudos y de una taquigrafía *para todas las lenguas*, publicó su *Ars Signorum o Universal Character and Philosophical Language*. Su sistema aplica el principio de calificación lógica de las "nociones" propuesto por Descartes. Todo el conocimiento fué ordenado por Dalgarno en diecisiete categorías, cada una indicada por una consonante (K: temas políticos, N: objetos naturales); estas diecisiete categorías se dividían, a su vez, en subclases indicadas por una vocal griega o latina (Ke: asuntos jurídicos; Ki: asuntos criminales; Ku: guerra). Estas subclases eran por su parte, subdivididas en grupos simbolizados por consonantes y éstos en otros designados por vocales, lo que daba una palabra polisilábica que indicaba un objeto, individuo, relación o proceso particular. Por ejemplo, el elefante, el caballo, el asno y la mula eran llamados Nn Ka, Nn Kn, Nn Ke, Nnko. Wilkins, que estaba relacionado con la Royal Society, tuvo, indudable-

mente, conocimiento de esta obra, que fué recomendada al rey por algunos miembros de las universidades de Cambridge y Oxford, según hay testimonio. El profesor Frederick Bodner, de cuyo libro *The Loom of Language* (New York, 1944; pp. 449 y ss.) tomo las noticias precedentes, ha dedicado varias páginas al análisis comparativo de los planes de racionalización lingüística propuestos por Dalgarno y Wilkins, y los puntos en que este último se apartó de las opiniones de aquel o las desarrolló. No me ha sido posible hallar otras referencias acerca de Dalgarno. Las de Wilkins son, en cambio, numerosas. Se halla citado en los diarios de sus contemporáneos Evelyn y Pepys, y el editor del primero de éstos ha incluido, al pie de la primera información que de él se da, una nota biográfica de relativa extensión (10 de julio de 1654; pp. 292/3 del primer tomo de la edición de la Everyma's Library). El admirable libro que Douglas Bush, *English Literature in the Early Seventeenth Century*, 1600-1660, da en las páginas 270-271, una noticia breve pero fundamental de esta figura que tan pronto provoca el interés como causa desconcierto. Wilkins fué hombre de religión y filosofía; entre sus obras una, sobre prédica, es muy recordada; se titula *Ecclesiastes*. Entre sus trabajos científicos, hay unos sobre los viajes a la luna. Bush indica, en la página 607 de su libro, una bibliografía sumaria sobre Wilkins. Entre los estudios de su teoría lingüística menciona el de Lancelot Hogben, citado por Borges, y el de E. N. Andrade, en *Annals of Science*.

El *Essay towards a Real Character and a Philosophical Language* ha sido reproducido parcialmente en la obra de F. Fehmer, *Beiträge Zur Geschichte der Frangösischen und englischen Phonetik und Phonographie* (Heilbronn, 1899).

R. A. SCOTT - JAMES, *Fifty Years of English Literature 1900-1950*

R. A. Scott-James, editor del *London Mercury* y colaborador de *Britain To-day*, autor de un ensayo sobre la obra de Hardy y de un estudio sobre los principios de la crítica literaria, ha emprendido, ahora, la tentadora aventura de "poner la tierra en orden", al cabo de cincuenta años de una continua evolución que ha trazado una nueva senda para las letras inglesas. Aunque estamos muy lejos de una perspectiva, sin embargo ya podemos decir que desde las primeras décadas del siglo XIX —época de Wordsworth y Coleridge, de Shelley y Keats, de Byron, de Scott y Jane Austen— en ningún momento alcanzó la literatura inglesa tal esplendor y desarrollo, a pesar de que sería injusto negar a la era victoriana —como se ha pretendido— importancia literaria y algunas personalidades inigualadas (Dickens, Thackeray, Meredith, Browning, las Brontë, George Eliot, Christina Rossetti, Samuel Butler, Tennyson y Swinburne; y un extraordinario renovador de la poesía: Hopkins). Sin embargo, los "sesenta y tantos años de gloria", revolucionarios como fueron (y los eminentes victorianos fueron revolucionarios, si hemos de medirlos —como Strachey— de acuerdo a la personalidad de los hombres que fundaron el movimiento Oxford y reformaron Rugby o de mujeres del temple de Florence Nightingale), representaron una forma de afirmación y estabilidad. Luego del florecimiento de principios de siglo, la cultura europea del siglo XIX tendió, bajo el liberalismo y la filosofía positiva, a establecerse y estructurarse por vez primera desde los tiempos en que la Ilustración realizó una obra semejante. Lo que Wladimir Weidlé descubre en el siglo XIX es, precisamente, ese carácter orgánico y *asible* para quien desea contemplarlo en forma panorámica. Para quien valora, como él, esa "asibilidad", necesariamente la literatura y el pensamiento del siglo XIX son muy